

tecimientos. El afán de encubrir las faltas y de dorarlo todo le conduce a graves yerros históricos.

En este grupo de historiadores domésticos debemos incluir al célebre Cardenal Álvaro de Cienfuegos. Este hombre, ilustre por varios títulos, había nacido en Agüera (Asturias) (1) en 1657. Admitido en la Compañía el año 1676, desempeñó las cátedras de filosofía y teología en los colegios de Santiago y Salamanca. Habiendo conocido su talento diplomático el Emperador José I, le empleó en algunas negociaciones con el Rey de Portugal. En 1720 fué nombrado Cardenal, y poco después el Emperador le designó por su Ministro plenipotenciario en Roma. Se le confirieron las mitras de Catania y de Monreal en Sicilia, y por fin la de Fünff-Kirchen y murió en Roma el 19 de Agosto de 1739.

Prescindiendo de algunas obras teológicas que redactó, lo que más nos interesa a nosotros es la *Heroica vida, virtudes y milagros del grande San Francisco de Borja, antes Duque IV de Gandia y después tercer General de la Compañía de Jesús*. La primera edición de esta obra, que llena un tomo en folio, salió a luz en Madrid el año 1702. Después el mismo Cienfuegos repitió la edición en 1717 y en 1726. Comparada esta vida con las que antes se habían escrito de nuestro tercer General, no hay duda que las aventaja en copia de noticias y en la abundancia de documentos, que de vez en cuando se incluyen íntegros en el texto del libro. En cambio repugna al lector moderno el estilo difuso, campanudo y gongorino, que sólo sirve para oscurecer y embrollar la narración de tan hermosos sucesos. Preciso es armarse de paciencia para aguantar aquella continua hinchazón y pedantería que parece el último extremo a que pudo llegar el mal gusto del siglo XVIII. No estará de más advertir que entre los documentos que se aducen en su texto original aparece uno u otro que el autor copió de la vida manuscrita del P. Dionisio Vázquez. Ya dijimos en otro lugar (2) que esos documentos son una ficción literaria del P. Vázquez.

Merece algún recuerdo el último biógrafo que tuvo San Ignacio en la antigua Compañía. El P. Francisco Javier Fluviá había

(1) Así lo dicen nuestros catálogos; pero como en Asturias son varios los pueblos que llevan el nombre de Agüera, ignoramos todavía a cuál de ellos corresponde la gloria de haber sido cuna del Cardenal Cienfuegos.

(2) Véase el tomo II, p. 122, nota.

nacido en Olot el 4 de Diciembre de 1699. Entrado en la Compañía en 1716, desempeñó varias cátedras y cargos de gobierno, hasta que desterrado con todos los jesuitas por Carlos III, hubo de pasar a Italia y ya muy anciano expiró en Ferrara el 19 de Abril de 1783. La vida de San Ignacio que dió a luz en dos tomos el año 1753, en Barcelona, está fundada principalmente en el gran trabajo hecho por los Bolandos, que algunos años antes había salido a luz (1). Conocía ciertamente los principales biógrafos del Santo Patriarca, como puede verse por el capítulo once del libro cuarto; pero principalmente se atuvo al gran trabajo de los Bolandistas. No sabemos que se metiera en archivos para ilustrar la materia; pero recogió cuidadosamente de los otros autores todo cuanto se sabía hasta entonces sobre la vida de San Ignacio. Dividió su trabajo en ocho libros que llenan dos tomos en cuarto, bastantes regulares.

No hay duda que es muy estimable este trabajo del P. Fluviá, pero en nuestros días se suele proceder de otro modo en la composición de las historias de los santos. Hoy generalmente no agrada ese sistema antiguo de dividir como en dos libros, por un lado la relación de los hechos y por otro la exposición de las virtudes. Siempre es de temer que no estén bien expuestos ni los unos ni las otras, cuando de este modo se separan en la narración. Además nos parece que el P. Fluviá dió más pruebas de colector diligente que de crítico penetrante. Percíbese todavía en su obra aquel afán de alabarle todo, que se nota en las antiguas biografías. Por último debemos observar que después de publicados los copiosísimos documentos que ha dado a luz el *Monumenta Histórica S. J.*, así San Ignacio, como San Francisco de Borja, están esperando biógrafos nuevos que reconstruyan la relación de sus admirables vidas.

No debemos omitir entre los que ilustraron la historia de la Compañía al ya citado P. José Casani. Prescindiendo de las vidas de San Estanislao y de San Luis Gonzaga, que tuvieron un objeto de propaganda popular, dos obras debemos a este autor, que no carecen de algún interés en nuestra historiografía. Con el nombre algo indeciso de *Glorias del segundo siglo de la Compañía*

(1) *Vida de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús, enriquecida con las copiosas sólidas noticias de los Padres Jesuitas de Amberes, ordenada nuevamente y dividida en ocho libros*. Barcelona, 1753.

ña de Jesús publicó tres tomos en folio de la vasta colección de biografías que llamamos vulgarmente *Varones ilustres*. Había empezado la obra el P. Nieremberg con los cuatro primeros tomos. Siguieron el quinto y sexto escritos por el P. Andrade y por fin vinieron el séptimo, octavo y nono, debidos a la pluma del P. Casani. Aunque este Padre no tenía condiciones de historiador, sin embargo, sus biografías rompen un poco la monotonía con que escribieron sus dos predecesores. No se reducen a las vagas y soporíferas generalidades con que se contentan Nieremberg y Andrade. El P. Casani se pone algo más en contacto con la vida real y aunque no profundiza la materia, expresa de vez en cuando con viveza y amenidad ciertos rasgos de la vida religiosa antigua, que el lector moderno contempla con agrado. Afean su estilo algunos dejos de gongorismo y su narración muestra aquella superficialidad que es como inherente a este género de colecciones.

Más todavía se advierte esta falta en la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada en la América*, que salió a luz el año 1741. El P. Casani nunca atravesó el océano y era imposible que alcanzase aquel conocimiento íntimo de las tierras del Nuevo Mundo que sólo podían lograr los misioneros que las evangelizaban. Los procuradores que venían de Indias debieron facilitarle algunas cartas y memoriales y con estos elementos y su facilidad de pluma delineó rápidamente una historia de los jesuitas en Nueva Granada, cometiendo los yerros geográficos e históricos que eran de esperar de tan ligera preparación. El género de vida que llevaba el P. Casani le hacía inepto para los trabajos históricos. Un hombre entretenido en tan varias ocupaciones, aplicado a asuntos literarios tan diversos, ocupado en disponer funciones de iglesia, sosteniendo correspondencia con sabios extranjeros, era imposible que tuviese el sosiego necesario para escribir bien la historia. Este trabajo exige todo el hombre. Agradecemos al P. Casani lo que hizo y no le pidamos lo que, atendido su género de vida, no podía hacer.

5. Séanos permitido cerrar este capítulo recordando la memoria del gran patriarca de los vascófilos modernos, P. Manuel de Larramendi. Este ilustre ingenio había nacido en Andoain (Guipúzcoa), el año 1690. Admitido en la Compañía en 1707 y recorrido con aplauso el curso de todos sus estudios, enseñó primero letras humanas y después teología en Salamanca. Era hom-

bre de rica y variada erudición y al mismo tiempo afable y comunicativo con las gentes. Por sus cartas se vislumbra que sabía informarse sobre los sucesos contemporáneos y que seguía con interés el movimiento literario de su época. A su ciencia sólida y a su buen trato de gentes debió sin duda el ser nombrado confesor de la Reina viuda de Carlos II. Los últimos años de su vida los pasó en Loyola y en este célebre santuario le alcanzó la muerte en 1766.

Aunque Larramendi ejercitó su pluma en otras materias, lo que dió mayor celebridad a su nombre fueron los trabajos literarios que publicó para ilustrar la lengua vascongada. En 1728 dió a luz en Salamanca un libro intitulado *De la antigüedad y universalidad del vascuence en España; de sus perfecciones y ventajas sobre otras muchas lenguas, demostración previa al arte que se dará a luz de esta lengua*. Como ve el lector, esta obra era una preparación para prevenir el ánimo de los lectores a la gramática vascongada que deseaba publicar el P. Larramendi. No se hizo esperar el cumplimiento de su promesa. Un año después, en 1729, y en la misma ciudad de Salamanca, vió la luz la esperada gramática con este título que suele quedar grabado en la memoria de los lectores desde la primera vez que lo leen. *El imposible vencido. Arte de la lengua vascongada. Su autor, el P. Manuel de Larramendi, de la Compañía de Jesús, maestro de teología de su Real Colegio de Salamanca*. Este libro, que entonces pareció una invención peregrina, fué saludado como una aurora del estudio filológico del vascuence. En el siglo XIX se hicieron dos ediciones de él y los modernos vascófilos le miran con cariño como al primer arte de su lengua.

Como complemento de esta gramática dió a luz el P. Larramendi el año 1745 en San Sebastián el primer Diccionario del idioma vascongado, que se presentó al público con este título: *Diccionario trilingüe del castellano, vascuence y latín. Su autor, el P. Manuel de Larramendi, de la Compañía de Jesús. Dedicado a la Muy Noble y Muy Leal Provincia de Guipúzcoa*. Como ignoro el vascuence, no puedo dar juicio propio sobre el mérito de estos libros. Solamente advierto la grande estima que hacen de este Diccionario los modernos filólogos que han profundizado el estudio de la lengua vascongada. También ejercitó su pluma el Padre Larramendi en otras obras de esas que pudiéramos llamar de erudición local, y que han sido y son bastante frecuentadas

en España. Es entre nosotros bastante ordinario el aficionarse los escritores a instituciones y hechos locales. El santuario de nuestro pueblo, el castillo que se levanta en la próxima colina, la casa solariega que muestra en su fachada escudo antiguo e ilustre, la cofradía que funciona en tal iglesia, el convento, cuyas ruinas se ven en tal villa; estos y otros objetos de interés puramente local suelen despertar bastante la curiosidad de los españoles, que emplean con gusto sus ocios en ilustrar la historia de aquellos venerandos recuerdos. Algo de esto sucedió al P. Larramendi con su provincia de Guipúzcoa, sobre la cual redactó, entre otras cosas, la *Corografía o descripción general de la Muy Noble y Muy Leal provincia de Guipúzcoa*, obra inédita durante más de un siglo y que vino a salir a luz en 1882.

Hacemos alto con esto en la enumeración de los jesuitas que ilustraron las letras españolas en el siglo XVIII. Como habrá observado el lector, ninguno de ellos rayó tan alto que se le pueda llamar ingenio de primer orden. El siglo XVIII puede llamarse en España con toda verdad el siglo de las medianías literarias. Hubo ciertamente progreso, redactáronse trabajos estimables en uno u otro sentido; pero por ningún lado asoma ningún genio pujante, ninguna inspiración que abra caminos nuevos en la historia o en el arte. Las letras pasaron de un gongorismo desenfrenado a un prosaísmo rastrero; la prosa se contaminó con numerosos galicismos que desfiguraron bastante la fisonomía de nuestra lengua y no fué poco mérito de varios autores el haber conservado la forma clásica, escribiendo con una corrección y pureza de estilo que entonces se había hecho bastante difícil. La Compañía siguió la corriente de los escritores, pero no imprimió nuevo carácter en el aspecto general de la literatura española.

LIBRO SEGUNDO

Provincias de Ultramar.

CAPITULO PRIMERO

LA PROVINCIA DE MÉJICO DESDE 1705 HASTA 1758

SUMARIO: 1. Incremento de la Provincia y proyectos de dividirla. — 2. Fundaciones nuevas. — 3. Bienhechores insignes. — 4. Espíritu religioso. El crimen de la Profesa. — 5. Estudios y ministerios apóstolicos. — 6 Estado económico de la Provincia.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1 *Acta Congregationum provincialium*. — 2 *Catalogus provinciarum etc. anno 1749*. — 3 *Mexicana. Litterae annuae*. — 4. Cédulas reales y otros documentos del Archivo de Indias.

1. Si las provincias de la Metrópoli ofrecen al historiador pocos hechos interesantes, porque todo corre tranquilo por el cauce de una normal regularidad, en cambio, las provincias ultramarinas presentan una variedad tan complicada de empresas apostólicas, de sucesos imprevistos y de trágicas tribulaciones, que el historiador se ve no poco embarazado, primero, para esclarecer hechos tan discutidos y después para escoger lo necesario y ordenar como conviene tan abundante cosecha de pormenores. Siguiendo la costumbre de los tomos antecedentes, empezaremos nuestro relato por la provincia de Méjico o de Nueva España.

Como en la segunda mitad del siglo XVII, así en la primera del XVIII, esta provincia fué avanzando con lento, pero constante acrecentamiento. Tres catálogos he logrado ver, que nos muestran el estado progresivo de la Compañía en aquellas regiones. El de 1710, impreso por Jouvancy (1), nos presenta la pro-

(1) *Historiae Soc. Jesu. Pars V*, p. 953.